

ESPIDO FREIRE: EL TRABAJO OS HARÁ LIBRES (2008)

ITALIANA

LA ITALIANA PREFERÍA LAS VENTANAS. Algunos turistas daban la espalda a la luz, y fijaban la vista en las velas encendidas, la madera que recubría el interior del restaurante. Otros, en cambio, no prestaban atención al movimiento y el ajeteo del interior, absortos en las montañas y el embarcadero más allá del cristal.

Eran así, como los cangrejos rojos y los cangrejos negros, y aparecían en los meses de los cangrejos, resultaban igualmente rentables y se desvanecían de la misma manera en los barcos que bordeaban la bahía. Acudían en masa para avistar ballenas, casi siempre en organizados grupos de ancianos que, año tras año, se hospedaban en el mismo lugar y distinguían a los cetáceos por nombre propio y por hábitos. Sin embargo, los viajeros jóvenes se prodigaban con escasez, y pocas veces repetían destino.

La italiana no pasaba de los veinticinco años, y según la reserva gastaría quince días en el hotel. Era muy guapa, con los pómulos acusados y una piel olivácea y cremosa. Else Irene la registró. Para cuando se aproximaba la hora de la comida, los chicos ya la habían visto, y se

habían acercado a Else Irene en la recepción con una excusa que ocultaba una pregunta sobre ella.

Se llamaba Ana Petri, y viajaba sola. Se colaron en su cuarto, husmearon en el interior de su neceser cuando limpiaban el baño y mientras fingían pergeñar el restaurante, en el que siempre aparecía la primera del primer turno, la mandaban al bar, donde era más fácil controlarla, donde resultaba más probable que pidiera alguna copa, y donde las conversaciones brotaban solas.

El viernes por la noche pagó dos veces el precio de la cena por una botella de vino francés, el segundo más caro de la carta, aunque aquello no era decir mucho, y la bebió con calma, mientras buscaba la nada en el paisaje.

Salvo esos detalles robados, los que se escapaban de una convivencia en los mismos espacios y un minucioso rastreo de sus pertenencias, no lograron arrancar nada de ella. Sonreía amablemente, y luego se volvía a la ventana, como si en el embarcadero y las montañas llenas de liquen amarillento encontrara algo afín, o la respuesta al comportamiento estúpido de quienes la rodeaban.

De entre todos ellos, Jan había sido el más gravemente herido. Else Irene se reía sin burlarse de él, porque sabía que era tímido, y que la chica debía haberle impresionado con saña para arriesgarse a mostrarlo.

—Llévale el pan —le susurraba durante las cenas, pese a que se encontraban saturados por un grupo de jubilados franceses que no sabían manejar las máquinas del café, y que preguntaban, como niños a la maestra, dónde estaba el baño, dónde podían conseguir tabaco, qué hora era. Jan colocó sobre la mesa la cestita con pan y mantequilla y regresó—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Qué te ha dicho?

—Gracias.

—¿Y tú no le has contestado?

—Sí. De nada.

Else Irene contuvo la risa.

—¿Por qué no le preguntas algo? Mírala, está sola y aburrida.

La extranjera, con la mirada tercamente fija en el ventanal, mordisqueaba una rebanada de pan negro.

—¿Y si está casada?

—No está casada. No lleva anillo. Y en estos días, ni la han llamado ni ha llamado una sola vez.

Jan la observó de nuevo, fingiendo profesionalidad.

—¿Qué hace aquí una mujer así? No ha cogido el ferri. No ha salido a avistar ballenas. Se ha quedado en su cuarto todos los días, ha dado algún paseo y ha bajado a comer.

—Es artista, o diseñadora. —Else Irene había sentido la misma curiosidad—. Su habitación está llena de carpetas con dibujos. De copas.

—¿De copas?

—Sí. Copas de cristal. Vino, agua, coñac. Esas cosas. Y de candelabros. Casi todos dibujados a mano, apuntes rápidos.

Jan cambió el peso del cuerpo a la otra pierna.

—Qué curioso.

El sábado, a la hora de la cena, los dos la miraban en el comedor desierto desde el otro lado de sus uniformes blancos y negros. Media hora más tarde bajaría el grupo de escoceses y la calma se interrumpiría por varias horas, pero mientras tanto, al tenue halo de las velas, el espacio le pertenecía. La italiana rebuscaba con el

tenedor en el plato desde hacía un par de minutos; de pronto, inclinó la cabeza y rompió a llorar. Se cubrió la cara con la servilleta. Else Irene miró a Jan.

—Dile algo.

—¿Y qué le digo?

La vieron llorar hasta que se serenó; el pecho respiró con la antigua normalidad, y los ojos hinchados fueron nuevamente hermosos. Jan le recogió el plato.

—¿Todo a su gusto? —preguntó, con la voz temblorosa.

Ella le miró como al liquen, como a las ventanas.

—Sí. Gracias. Todo a mi gusto.